

**Catálogo exposición**

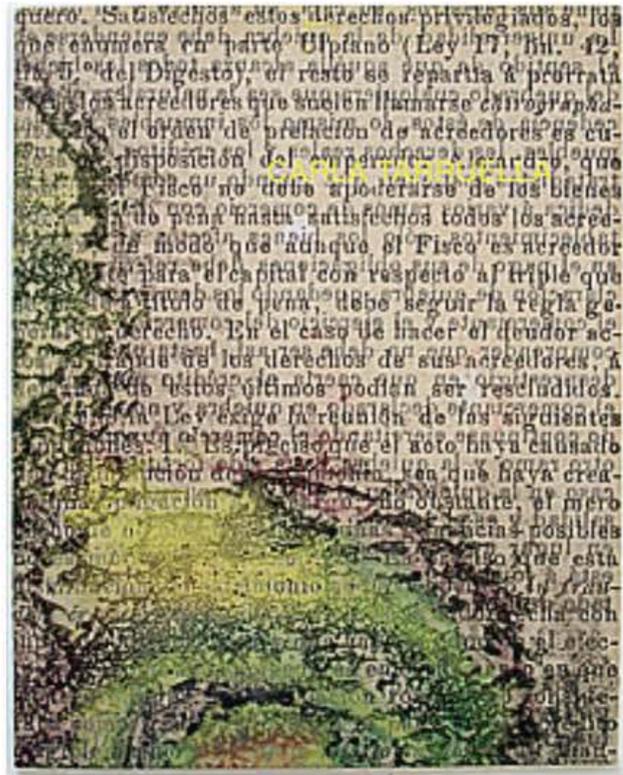
**Flores Escondidas**

Junio 2004

Galeria Alejandro Sales

# carla tarruella

Calle Maspons, 1  
08012 Barcelona  
ctarruella@acontraluz.com

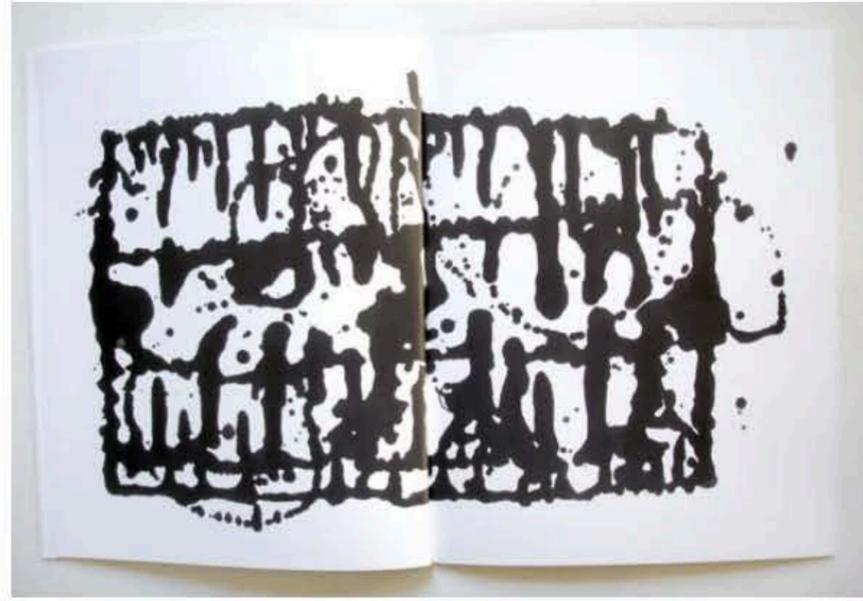
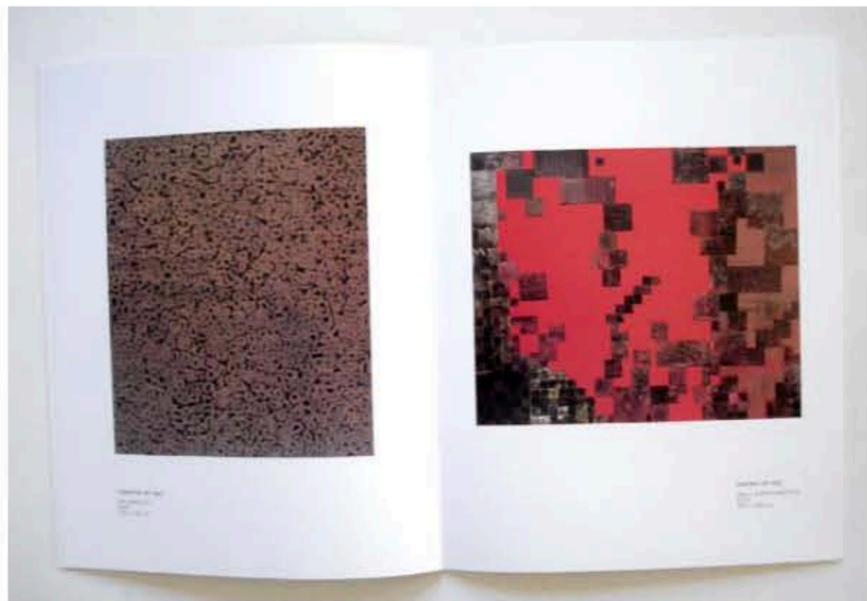
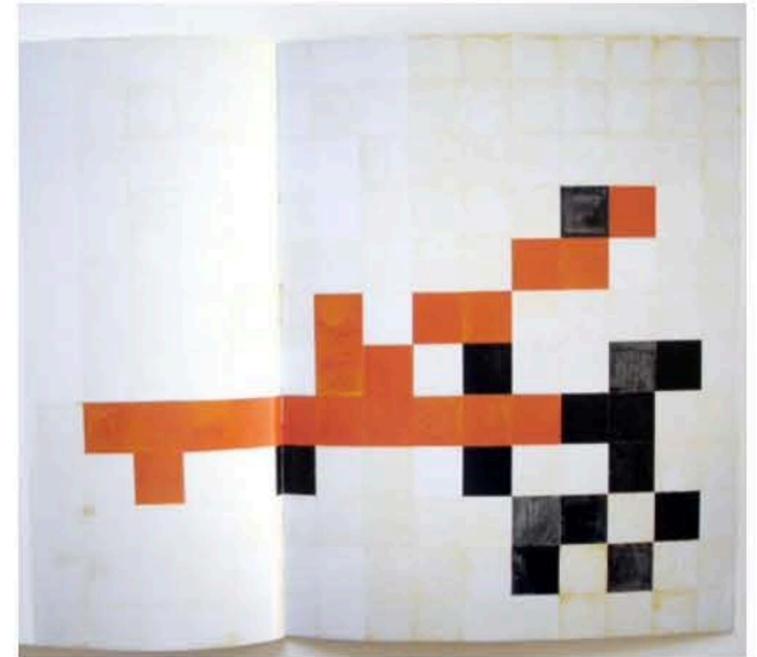


CARLA TARRUELLA  
Flores escondidas

octubre 2004

GALERIA ALEJANDRO SALES

JUAN RIVERA, 16 - 08006 BARCELONA - TEL. 93 415 2054 - GALEMAIL@GALERIASALES.COM



Pétalos, pupilas nocturnas, nenúfares del agua negra: Jardín de invierno. Lluvia que se acumula o luces que se cierran: los cuadros de Carla Tarruella muestran el estado de una transición cuya deriva es deliberadamente ambigua: este Jardín de invierno, ¿va hacia la luz de sus flores blancas de retina verde (ojos, pétalos, copos) o hacia la sombra sin matices de su negro abisal, origen y tumba de todo tiempo y espacio? No parece un detalle menor en el impacto que causa esta obra, puesto que, alejados del juego de la representación realista, muestran sin embargo una situación dinámica: son, en sí mismos, la estela de un mundo cuyo devenir continúa, cuyo movimiento se enerva en la quietud de su captura.

El grado de libertad de cada individuo dentro de la serie se dirime en esta estética del movimiento quieto, del rastro de un sentido cuya dirección se nos escapa. Vemos ahora un gran fondo rojo, sobre el que avanzan cuadrados de tamaños variables.

Nuevamente la lucha entre el fondo y la superficie, esa resistencia a la disgregación (el dibujo) y esa voluntad de uniformar (el fondo). ¿Cuál es la dirección de ese movimiento? ¿Avanzan los cuadrados oscuros, y crecen, hacia el centro o se repliegan hacia los lados como comidos por una gota de disolvente en medio del plato? ¿No hay en este cuadro un hada cibernética, una suerte de panel electrónico súbitamente subjetivado? ¿No hay en el acetato, que da brillo a esos cuadrados, un plastificado que exhibe el color como radiografía de un estado y, al mismo tiempo, el mineral cuadriculado, el azulejo que vibra en su sujeción al enladrillado, en su elemento primero y último de la serie?

En la disgregación blanca de la noche, en la agitación cibernética de los rojos, la fusión mística propia de los grandes maestros de la abstracción se abre a un espacio lúdico, en el que libertad y determinación luchan denodadamente en su, una vez más, estática apariencia. Apariencia de la que vivimos, puesto que, en el cuadro, lo continuo sólo podemos deducirlo: allí entra –en la obra de Carla Tarruella– el espacio de la libertad, de la subjetividad del que ve, de la estética como experiencia que no afirma sino pregunta. Puesto que lo azaroso es, en arte, el producto de una deliberación, es quien mira el encargado de completar el cuadro.

Así llegamos a ese gran panel blanco en el que titila una llave, una flecha inversa (¿ansiedad del origen abolido?), una raya roja: la línea de tierra que soporta, la línea de agua en la que el crepúsculo se enciende y riela.

Cualquiera sea el objeto que, vagamente, adivinemos allí, su figuración es siempre reciente: es, como en todos estos cuadros, algo que está en proceso de formación o disolución, de crecer o desaparecer, de afirmarse (como movimiento) en su negación (de la inmovilidad que exhibe).

Esa dinámica, donde destino y juego, ley y albedrío se tensan hasta encontrar su equilibrio, necesariamente inestable, es el fondo estético de esta obra: su inquietud, su margen de resistencia a la quietud, es la que se agita en lo serial, en la nostalgia del objeto por ser algo más que objeto y su reflejo en otra cosa. Es, finalmente, una escritura, un diagrama del acontecimiento: un código que se ha vuelto abstracto por la pérdida de su clave, pero que vive (que se agita) en la inminente reaparición de su desciframiento: algo al mismo tiempo arcaico, que está ahí desde siempre, y fresco, reciente, en evolución vibrátil, vivo entre los sentidos opuestos de su dirección.

Siempre roído y siempre fresco como una palabra: así avanza y se repliega esta obra, en la inmanente ambigüedad de su movimiento.

Edgardo Dobry

Debo confesar que, generalmente, tengo la sensación de compartir solo monólogos. Hablados, escritos, pintados, modelados, guisados. De estéticas diversas. De agradecidos gustos. De inevitables disgustos también. Más vanidad que valentía –suelo decirme–, esto de monologar. Maneras creativas de justificar la postergación. El “como si” de “el olvido del Yo”. Por suerte, de tanto en tanto, alguien como Carla Tarruella, gira el timón de su vida sin enunciados y, sin otro mapa en mano que su cuerpo, que todo lo in-corporado, que todo lo hecho cuerpo en ella, decide orillar otras costas. Las costas del diálogo.

La he visto recrear en sí misma esa comunicación ineludible entre materia y esencia. Pintando alegorías de piel hacia adentro. Lo incontrolable, lo azaroso o terco de lo vivo, también detrás del acetato. Lo que está aconteciendo por sobre el hacer; a pesar del hacedor o de su intención. Pienso que técnica y teoría nunca son neutras. Porque en verdad, son posteriores a la experiencia del cuerpo, a la observación reflexiva de la mente. Entonces, desde esa comprensión, creo que Carla Tarruella puso el cuerpo primero, eludiendo así lo condicionante de la información y, con ese desgarmo poético que parece no apartarla nunca de lo bello, se hizo de sus propias barcas de madera con velas de lienzo para manifestarse “al óleo”.

Es ese manifestar-se lo que, en un tiempo meteorítico, nos invita y permite hablar ya de su “creatura”. Obra “joven” para el mercado del arte. Sí, pero recreando una y otra vez algo tan “viejo” como la vida misma expresándose a través nuestro, cuando logramos entregarnos al vacío esencial, a la abstracción del ser-siendo, al dejarse ir en un acontecer ingobernable.

Porque manifestarse a través del Arte implica siempre una “ausencia esencial”, que no es monólogo ni olvido, sino coraje de ser y de hacerse sin recetas previas. Y exponer-se, contactar así con un otro, con lo otro, con los otros, es enfrentarse al diálogo. A la humildad. Diálogo, entonces, irremediablemente seductor. Sea escrito, pintado, guisado, hablado.

Pero me atrevo a decir que Carla Tarruella explora, sin recato ni permiso, lo significativo; que bucea y respira en lo concentrado o simbólico; y que, casi olfateando y con pies de pétalos, parece ir siempre directo hacia el significado primigenio. Verbo a color. “Cosa” que seduce sin tranquilizar. De otro modo, no acontecería Arte en la estética de su pintura. No acontecería ese diálogo vivo al que me remiten sus cuadros (o el calidoscopio de su mirada).

“El arte comienza exactamente donde se detiene el gusto; no alcanza con la seducción; la obra de arte debe darnos vuelta la cabeza” –dijo Jean-Christophe Ammann, consejero artístico del UBS y principal sponsor de ArtBasel, en su reciente edición treinta y cinco. Y ciertamente, en los trabajos de Carla Tarruella hay una interrupción sugestiva frente al “gusto” previsible. Hay algo que no nos apacigua en la lograda armonía de conjunto. Hay cierto vacío que “nos da vuelta la cabeza”. Vacío que da lugar al diálogo entre ética y estética. Lugar por donde exactamente comienza a manifestarse un artista.

Trini Torner  
Psicoterapeuta Gestalt  
Personal Coach